



ECOS DE LA PALABRA

Por Javier Castillo, sj

Compañeros de Jesús

Reflexiones sobre el Evangelio de Marcos 1, 14-20 (3^{er}. Domingo del Tiempo Ordinario - Ciclo B – 21 de Enero de 2018)



Los rayos del sol disiparon la noche y tímidamente empezaron a calentar la obra de Dios. Era el primer día de la creación. La creación entera se levantaba y con entusiasmo desbordante ponía en marcha el sueño de Dios sobre este trozo de universo que nosotros llamamos tierra. La vida era como una gran sinfonía en la que la libertad, la justicia, la verdad, la paz, el respeto a la diversidad y el amor se fundían en una armonía tan equilibrada y bella como solo Dios puede componer. No obstante, a la partitura

dinámica y compleja de la vida y de la historia, se le pueden agregar compases disonantes y, en no pocas ocasiones, capaces de destruir la armonía de la obra inicial porque en la armadura de la partitura, como una clave de Sol o de Fa, Dios puso como línea transversal la libertad. Los compases disonantes fueron señalados a través de la historia por personas de la comunidad que llamaron a la fidelidad a la partitura original, algunos tuvieron éxito, pero no el suficiente para recobrar la armonía de la sinfonía de Dios. Entonces el autor de la vida, en un acto de amor generoso, decide que sea su Hijo amado, coautor de la Obra, el que ayude a la creación a recobrar la armonía inicial.

La misión de Jesús, demandante e ilusionante, está compuesta por dos grandes desafíos: primero, invitar a toda la creación a volver a Dios, a eliminar de la partitura de la Vida todo aquello que la destruye o que hace muy difícil la convivencia entre las diferentes tonalidades que la componen. Segundo, recobrar la armonía, devolver la ilusión, afianzar la esperanza y volver a cantar al amor, la justicia, la acogida y el perdón para que sean éstas las notas que surjan en la canción. La melodía del Reino está presente y necesita de hombres y mujeres que, como **compañeros de Jesús**, se resistan a que sus notas sean silenciadas y trabajen sin cesar para que esa bella música vuelva a sonar como en la primera hora de la creación.

Jesús necesita de compañeros y compañeras para llevar a cabo su misión y, a lo largo de la historia, ha invitado a muchos a que formen parte de esa orquesta universal que canta a la vida y a poner todo su ser al servicio del Reino. ¿Cómo es el proceso de *casting* para ser miembro de la Orquesta del Dios de la Vida y del Reino?

Las personas. Dios llama a personas sencillas y normales. No hay que ser de raza o condición especial para ser parte del grupo de compañeros de Jesús, basta con ser personas capaces de mirar con la mirada de Dios y dotadas de un corazón abierto y sensible en el que quepa toda la creación, desde la más pequeña de las criaturas hasta la más compleja de las estructuras sociales. La mirada y el corazón se complementan con un modo de proceder cercano, compasivo, amable y tierno. No se puede tocar la melodía de la vida desde la arrogancia de los poderosos o desde la lejanía de quienes se sienten amos y señores. Parafraseando unas palabras del Papa Francisco en Chile esta semana, el pueblo no busca en la orquesta de Jesús superhéroes sino pastores, hombres y mujeres que susurren desde la vida el canto de la Vida.

El lugar de la llamada. Dios elige en medio de la cotidianidad, en el entorno de la vida ordinaria. Así lo hizo con Pedro, Andrés, Santiago y Juan. Lo extraordinario para Jesús es hacer lo ordinario de manera extraordinaria, es decir, inundando todo lo que somos y hacemos con la sabiduría del Reino y con el espíritu de las bienaventuranzas. Si hay algún lugar teológico especial para discernir la llamada de Dios a ser compañeros o compañeras es la vida que se entrega día a día en el servicio silencioso, pobre y humilde a las personas con quienes construimos la historia y en el compromiso con las causas justas que son las que hacen posible que, aún en medio de la noche, brille el lucero del alba.

La respuesta. Dice el Evangelio que los primeros discípulos, al recibir la invitación de Jesús, lo dejaron todo y le siguieron sin dilación. Es cierto que los discípulos de la primera hora no tenían muchas cosas y desprenderse de poco cuesta menos. Nosotros vamos llenando nuestras mochilas de tantas cosas que hacen pesado nuestro sí y lenta nuestra disponibilidad. El desafío de la misión a la que Jesús nos llama requiere de hombres y mujeres de sí generoso y oportuno. Son muchos los lugares que requieren, aquí y ahora, artesanos de vida, de paz y compasión y, sin duda, muchos de nosotros podemos ser uno de ellos si nos decidimos a dar el primer paso, a salir de nuestros lugares de confort, a asumir el riesgo de ser portavoces de un proyecto contracultural y, sobre todo, a dejar moldear nuestro corazón por el Señor para recobrar, junto a Él, la armonía de la canción.

Pidamos al Dios de la Vida que siga llamando “músicos” para que toquen la sinfonía del Reino. Pidamos al Dios de la Vida para que los “músicos”, llenos del espíritu de Dios, sin dilación alguna digamos: aquí estoy, Señor.